

Política, Infancia y Educación en Antropología: en busca de horizontes compartidos

Entrevista con Graciela Batallán

 Lucía Rodríguez Bustamante* y Mónica Córdoba**

Graciela Batallán es doctora en Antropología Social por la Universidad de Buenos Aires y licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Rosario. Es profesora consulta de la materia “Metodología y Técnicas de la Investigación de Campo”, FFyL, UBA. Ha dictado numerosos cursos de grado y posgrado en nuestro país y en el extranjero. Ha publicado numerosos artículos académicos y libros. Actualmente dirige el Proyecto UBACyT: “Disputas políticas sobre la infancia y la adolescencia. Procesos sociales cotidianos y luchas por la hegemonía en la Argentina contemporánea”.

¿Cómo llegaste de la historia a la antropología? ¿Cómo fue ese camino?

Estudí Historia en Rosario y en la época que estudié, no existía la carrera de Antropología si no que era una orientación dentro de la carrera de Historia. Por eso es que mi título es de Licenciada en Historia, con orientación en Antropología. Después tengo tres años y medio de Sociología que hice en la Universidad de Chile y el Doctorado que lo hice en la Universidad de Buenos Aires, por lo que soy Doctora en Ciencias Antropológicas. Mi formación en Antropología fue un proceso más bien afuera de la carrera, ya que sólo teníamos tres o cuatro materias específicas y la especialización principal era la Arqueología. No obstante de las pocas materias, hubo una base bastante sólida por los buenos docentes que tuvimos en una época de mucha agitación social. Antes de recibirme y siendo residente en Chile tras el golpe de Onganía, tuve la posibilidad de participar en una escuela de campo en el norte Chico chileno, por una beca que obtuve en la Universidad de Chile. Allí estuve inmersa en la corriente funcionalista de los estudios de “comunidad”. Esa

experiencia me permitió desarrollar elementos críticos al culturalismo y orientar mi formación hacia las corrientes marxistas de tradición gramsciana dentro de las ciencias sociales.

¿Cómo fue el proceso que te llevó a investigar temas vinculados con Antropología y Educación?

Justamente en esos años y por medio de esa beca, se fue despertando mi interés por la particularidad de esas comunidades agrícolas en el contexto de la reforma agraria implementada por el gobierno de la Unidad Popular. Este fue, luego, el tema de mi tesis de licenciatura que defendí en Rosario en el año 1972. Me interesé especialmente por la relación entre las formas de la tenencia de la tierra y la ideología de estos comuneros sumamente empobrecidos pero señores de la tierra. Los contenidos para la capacitación campesina que eran necesarios para implementar la reforma agraria, no podían ser los mismos que en otras zonas, dada la compleja tenencia colectiva de la tierra, arraigada en tradiciones hispánicas feudales y en modos de producción comunitarios indígenas. Este interés por la

* Profesora en Ciencias Antropológicas. Becaria doctoral UBACyT del Programa de Antropología y Educación, Instituto de Ciencias Antropológicas (FFyL, UBA).

** Profesora en Ciencias Antropológicas. Investigadora del Programa de Antropología y Educación, Instituto de Ciencias Antropológicas, (FFyL, UBA)

capacitación campesina en ese contexto político, me acercó a la educación de adultos, que en esos años ya recibía la influencia de Pablo Freire quien estaba exiliado y trabajaba en Chile en el mismo Instituto de Capacitación e Investigación para la Reforma Agraria. Esto fue entre los años 1969 y 1971.

¿Qué aporta tu mirada de historiadora a tu modo de investigar en antropología?

En realidad, a pesar de la larga carrera, no soy historiadora, si creo que el análisis de los procesos sociales tiene su dimensión explicativa en la reconstrucción genética de los mismos, es decir, con las huellas de pasado que perviven en el presente. Entonces la historia o la temporalidad, tienen para mí, más bien un sentido metodológico. También mi formación junto a Elsie Rockwell me permitió revalorizar la perspectiva de la historia que había tenido en mi carrera. Siempre fui crítica a las formas funcionalistas, o provenientes del funcionalismo, que analizaban la sincronía de los procesos sociales con objetivos meramente descriptivos, de ahí que la perspectiva que me ha dado la historia, particularmente la historia social, me resulta productiva y enriquecedora. El enfoque histórico etnográfico, que puede decirse es ya una orientación metodológica en la investigación en antropología y educación, se nutre además, en sus fundamentos, de algunas corrientes actuales de la filosofía.

¿Cómo surge la antropología y la educación según tu perspectiva? Y en ese marco ¿cómo ubicarías tus aportes?

Bueno, en los años 80 un grupo de investigadores latinoamericanos que en su gran mayoría vivíamos en dictaduras, tuvimos la oportunidad de hacer un seminario prolongado en México con Elsie Rockwell y su equipo, con el apoyo solidario del parlamento canadiense. Allí revaloricé mis estudios en antropología, me “amigué” con la disciplina, en la que descubrí otros caminos más allá del culturalismo o del marxismo estructuralista. El enfoque que comenzaba a gestarse para la investigación educativa, mostraba a los procesos escolares como un campo atravesado por dimensiones políticas y dejaba de ser una institución que siempre se estudiaba desde el “deber ser”. A partir de mi interés por el conocimiento sobre la transformación de la escuela y del trabajo de su sujeto permanente, los docentes, comencé a preguntarme por qué la escuela no cambia y por qué los maestros, simplemente tienen un rol asignado que aceptan. Entonces siendo que los maestros eran culpabilizados de todos los males de la educación, mi pregunta apuntaba a poder entender por qué estos trabajadores se dejan, primero digamos, culpabilizar pero después “cierran la puerta” del aula y hacen lo que quieren dentro de ella. Entonces mi

interés se centraba en conocer cuál es la característica o peculiaridad de este trabajo ¿no? Así, y luego de muchos años de investigación puedo decir que éste es un trabajo intelectual y al mismo tiempo burocrático, o sea dependiente de una institución vertical y que esa lógica contradictoria, es lo que limita a estos trabajadores a ser el motor de un cambio, porque al mismo tiempo que son trabajadores intelectuales están dentro del sistema como subalternos. Luego, continué con otro enigma, en tanto la escuela, siendo un particular mundo habitado por niños, ellos son desconocidos o “dados por descontado” en sus intereses y conocimientos. Las preguntas fueron dirigiéndose hacia el papel de estos sujetos invisibles, cuáles son las concepciones socialmente compartidas que los mantienen en esa invisibilidad y de qué manera esas concepciones que los dejan sin presente, ocultan un mundo de reflexiones y potencialidades que la escuela (salvo excepciones) no considera. En fin, también el papel de los tutores o las familias. Qué es, o por qué la escuela realmente no es una comunidad escolar democrática, aunque esa nominación esté naturalizada como existente. Creo que falta, tener ese horizonte, falta tener un horizonte educativo de utopía, donde en el plano de la institución escolar se pueda pensar que estos niños puedan ser participantes en algún sentido del cambio de la escuela. En realidad, mientras somos “menores” estamos obligatoriamente en la escuela y no somos “ciudadanos en pleno derecho”, dependemos o del estado, o de los padres, de los adultos, entonces conocer el sujeto de la educación y lo que quiere de la escuela y de su formación, nos podría permitir saber también, de qué manera es posible su participación como ciudadanos en el presente y no esté postergada al futuro. Durante todos los 18 años que pasamos en la escuela se podría formar ciudadanos que practicasen la ciudadanía en la misma convivencia escolar controlada por una comunidad de pares y con otro tipo de convivencia con los adultos. Bueno, pero esto significaría un gran cambio dentro de la escuela, aunque hay brotes de experiencia aisladas (también han existido en el pasado) donde se está pensando en la democratización de la institución. La escuela es una institución que atraviesa toda la sociedad, todos los capilares de la sociedad y su papel es fundamental, no solo por lo que hace (malo o bueno), sino por lo que deja de hacer en términos de ser un espacio de placer por el conocimiento y la creatividad. Es un lugar de resistencia, es cierto, cada vez más arrasada por la mercantilización, ¿no? “Estudio para una nota”, “estudio para pasar”, “estudio porque si no, no consigo trabajo”. Pero digamos, de qué manera volver a entregarle la función de producir y de jugar con el conocimiento, el descubrimiento, el reconocimiento de los intereses por conocer de todos, de darle una

función emancipadora, de generación de libertad y de creatividad, ese es mi pensamiento.

¿En qué estás trabajando en la actualidad?

Bueno, en la actualidad somos un equipo de investigación con aval y apoyo de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires, y trabajamos en una línea de investigación que comenzó en el 2004, como continuidad del estudio del trabajo docente en la escuela primaria en la Argentina iniciada a principios de los años 90. Terminé ese ciclo con mi tesis doctoral y el libro *Docentes de infancia, antropología del trabajo en la escuela primaria*. En el 2004 dimos un giro a esa preocupación, desarrollando una línea de investigación sobre la relación entre la infancia y la política. Esta problemática fue entendida como continuidad de aquella línea de investigación y producto del reconocimiento que los maestros no serían solos el sujeto de la transformación. La complejidad de este trabajo, que abordamos desde distintas aristas y desde una instancia co-participante de investigación, permitió argumentar que las lógicas contradictorias que lo constituyen, inhiben al maestro de las condiciones de libertad que necesita para constituirse en sujeto de un cambio de la escuela. Entonces el giro fue retomar una aproximación realizada en 1983 en un taller en que los docentes coordinaban procesos de investigación de los niños sobre sus intereses de conocimiento social, luego de atravesar un proceso de taller de investigación de la práctica. Allí comenzamos a documentar que existe entre los niños y jóvenes adolescentes un mundo de intereses de conocimiento sobre la realidad social, que trasciende sus mundos inmediatos y se proyecta al interés por la polis. Actualmente esa línea de indagación relaciona la primera edad de la vida (desde la educación inicial hasta el fin de la secundaria) con la política y que nos ha llevado a profundizar temas vinculados a la democracia y la participación que tienen estos sujetos en ella. En esta línea de investigación, que co-dirijo con Silvana Campanini, trabajamos con un grupo de colegas e investigadores en formación que han ido precisando y focalizando en distintas temáticas vinculadas al eje teórico de esta relación. En todas las investigaciones desarrollamos también aspectos metodológicos relativos a la co-participación con los sujetos que constituyen el mundo que pretendemos conocer.

Manteniendo siempre el objetivo de indagar en las posibilidades de transformación de la escuela, la formación ciudadana también es un tema de investigación dentro del equipo. De qué manera la escuela encara esta formación ciudadana para los niños más allá de las materias o de los actos rituales que son problemáticas específicas que permiten profundizar

en conceptos vinculados a la política que encuentran su tradición teórica en la interacción dentro del mundo adulto, o de “los iguales ante la ley”. El desafío es cómo analizar la problemática de la participación de esta franja etaria arbitrariamente considerada “fuera de la política”, con categorías que implican su inclusión.

¿Cómo ves el campo de la Antropología y Educación en Argentina y qué agenda ves pendiente?

Si bien el área y el Programa de Antropología y Educación se fundaron con anterioridad, a fines de los años ochenta, una fecha que marca un hito del desarrollo de la especialización es el Simposio Interamericano de Investigación Etnográfica que organizamos en el año 2006. Creo que este evento marcó una ruptura con las temáticas investigadas hasta ese momento, siendo un impulso académico por el variado intercambio con profesionales de la antropología y de otras disciplinas sociales y de la educación, no sólo de América Latina, sino de Estados Unidos, de España, de Brasil. Fue un encuentro internacional, que mostró la madurez alcanzada por la especialización y una gran apertura a los estudios sobre la infancia dentro y fuera de la escuela. Destaco como evidencia de la producción académica la compilación de trabajos de investigación que realizamos con ese título en conjunto con María Rosa Neufeld, con quien co-coordino el Programa de Antropología y Educación en el Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires.

Ahora, con respecto a lo que falta, creo que si bien hemos madurado mucho como especialización, tal vez nos enriquecería nutrirnos de las investigaciones y el intercambio teórico con otras disciplinas como por ejemplo, en nuestro caso, la ciencia política, la filosofía y la historia de la educación, entre otros. También que en los congresos, pudiéramos converger o discutir con otros campos de la Antropología que nos permitieran dar otra dimensión a la investigación en Antropología y Educación. Creo de todos modos, que estamos en buen camino, se han difundido en este mismo Boletín los resultados del último encuentro de la Red de investigadores en Antropología y Educación en la que participan investigadores de cuatro universidades Argentinas y se vislumbra que las líneas de investigación están más consolidadas como así también el ejercicio de discusión y debate entre los colegas, que antes no era posible por su incipiente crecimiento. También se han multiplicado el número de investigadores en el área, las publicaciones y la continuidad de este Boletín que está bajo la responsabilidad académica de los investigadores jóvenes del Programa como son ustedes.